La tentación lírica

R. H. Moreno-Durán

Mis años no son muchos, y sin embargo ya presiento que la bodad no es más que una unión de sílabas sonoras que no he encontrado en ninguna parte...

Conde de Lautréamont
Les Chants de Maldoror, II-12

La escritura se hizo pasión cuando los signos me revelaron que ocultaban más de lo que aparentemente querían decir. Arte sigiloso y coartada ante las desventuras de la realidad, la escritura se convirtió en el cómplice ideal ante el desasosiego de la adolescencia. A una adolescencia insegura y llena de dudas correspondía una escritura que buceaba también en pos de una identidad, de un sentido que la justificara o, en el peor de los casos, que la redimiera de sus tempranos fracasos. Fue la primera vez que la experiencia se hizo sujeto autónomo e irreconciliable en mi utopía: una forma de expresión acorde con los balbuceos y osadías del individuo que a través del texto buscaba su definición. Signo y sujeto comenzaron así a ir de la mano, aunque el camino fue esta vez el mismo soñado por todos los alevines de escritor: la poesía.

Superados los precedentes de esa oralidad desaforada y fecunda que forjó la epopeya de Paulino Fogetti, y superada también la consciente amoralidad que destilaba el epistolario sentimental de Macías el enamorado y Carolina Ronderos —ampliamente evocados en las páginas inaugurales de *La Augusta Sílaba*—, la poesía se hizo texto y habitó entre mis más altos sueños. Sospecho que en todo esto tuvo mucho que ver la devoción con que algunos de mis profesores abordaban la enseñanza de la literatura, y no propiamente la colombiana. Desde niño, la poesía patria se me antojó algo farragosa y retórica, plúmbea y divorciada si no de sentimientos —su defecto era, precisamente, el exceso de buenos sentimientos: apología desmesurada de la tierra, la patria, la madre— sí de calidad estética, carencia funesta en la que insistían mucho algunos de mis profesores. En cualquier caso, la poesía verdaderamente significativa de mi país se me reveló en forma tardía, durante mi época universitaria. Baste el ejemplo de José Asunción Silva para comprender su presencia reiterada y amable en mis lecturas a partir de su curioso descubrimiento. Recuerdo que con motivo del centenario del natalicio del poeta se celebraron en todo el país una serie de actos que intentaban poner de presente la vigencia de su obra y la universalidad de su legado. Todo no pasaba de ser una conmemoración académica que, por su misma definición retórica, hacía que los jóvenes asumiéramos ante el homenajeado cierta distancia, aunque de pronto sucedió algo muy curioso. Un grupo de furiosos estudiantes prochinos de la Universidad Nacional asaltó un camión del diario *El Tiempo* que iba rumbo al aeropuerto Eldorado y, sin detenerse siquiera a estudiar su contenido, lo destruyeron, probablemente en cumplimiento de una interpreta-

ción maoísta de la irónica consigna de Woody Allen, según la cual había que "acabar de una vez por todas con la cultura". El contenido del vehículo incendiado era una remesa del suplemento dominical del periódico con destino al resto del país y dedicado en su totalidad a conmemorar los primeros cien años del gran poeta de los *Nocturnos*. En medio de la humareda pude rescatar un ejemplar chamuscado del suplemento y durante años lo guardé como una reliquia: la prueba fehaciente de la intolerancia, promovida precisamente por aquellos que, a nombre de las nuevas ideas y del cambio social, repetían lo que hizo el bárbaro que destruyó la biblioteca de Alejandría así como todos los inquisidores que en el mundo han sido. Otro de los poetas colombianos que pronto venció mis prejuicios y ganó mi atención fue León de Greiff, y su descubrimiento obedeció a una serie de lecturas que Jorge Zalamea y el propio poeta hicieron en la Biblioteca Nacional y a las que yo asistí, primero con curiosidad y luego con no oculta e insustituible devoción por su obra.

A propósito de De Greiff, deseo registrar una anécdota que por muchas razones me resulta gratificante evocar. Poco después de la concesión del Primer Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos, la revista *Letras Nacionales* ofreció en su sede un homenaje al escritor Mario Vargas Llosa, quien con su novela *La casa verde* había obtenido el galardón. Sin embargo, la mayor atracción del evento la constituía la presencia de Gabriel García Márquez, quien acompañaba a Vargas Llosa, y que ese mismo año de 1967 había deslumbrado al mundo con su novela *Cien años de soledad*. Hurtándole tiempo a los exámenes acudí a la sede de *Letras Nacionales* donde estaba el "tout" Bogotá: Jorge Zalamea, León de Greiff, Rafael Gutiérrez Girardot y buena parte de los críticos, escritores y profesores de la ciudad. Y mientras Vargas Llosa firmaba ejemplares de su novela, al fondo un combo dirigido por Manuel Zapata Olivella interpretaba cumbias, currulaos y vallenatos en honor a García Márquez, acorralado por el entusiasmo tropical de sus paisanos. En un momento el autor de *Bárbara Charanga* se acercó a Vargas Llosa y tímidamente le ofreció un ejemplar de *La casa verde* para que se lo firmara. Al advertir el nombre de quien pedía el autógrafo Vargas Llosa le extendió la mano y al tiempo que le expresaba al poeta su sincera y bien documentada admiración por su obra le dijo que él jamás podría dedicarle un libro a alguien tan excepcional como León de Greiff. El ruido del combo y los gritos caribes del fondo lograron distraer la atención de los presentes y nunca supe si Vargas Llosa le dio su autógrafo al poeta de Bolombolo, aunque lo único cierto es que, a partir de ese momento, la generosidad y simpatía de Vargas Llosa, así como su adicción a la mejor literatura, fueron consustanciales a la imagen que de él guardo, y no sólo lo comprobé años después, en mi trato personal con él, sino que incluso se lo dije públicamente en Madrid, durante una semana de homenaje a su obra.

Por esas fechas, amén de los poetas citados, me llamaba la atención la obra de Alvaro Mutis, cuyo libro *Los trabajos perdidos* acababa de aparecer en México y despertaba la admiración de todos aquellos que buscábamos en la poesía no sólo nuevas formas expresivas sino también una gama de asuntos menos provincianos de los que nos proveían con espantosa prodigalidad los escribas criollos. Por eso el lenguaje depurado y salmódico de la *Reseña de los hospitales de ultramar* o el denso *pathos* de un texto como *Moirologhia* no dejaba de cautivarnos e incluso estimularnos en las aventuras sentimentales, como nos sucedió con el poema *Sonata*, cuyos versos postreros nos consolaban de los ya intensos desastres del amor: "A la sombra del tiempo, amiga mía,/ un agua mansa de acequia me devuelve / lo que guardo de ti para ayudarme / a llegar hasta el fin de cada día...".

Y en este orden de ideas, debo admitir que el azar me reveló una sugestiva alianza entre las letras del alfabeto griego y la poesía. En mis años de estudiante un viejo baúl repleto de libros estimulaba mis sueños literarios y cada vez que abría el arcón para consultar algún texto me encontraba sumergido entre el alfa y el omega de un extenso poema titulado *El Diadoco*. Por una grata casualidad, había utilizado las dos páginas centrales del suplemento literario del diario *El Espectador* para cubrir el fondo del baúl y por eso, al abrirlo, las letras griegas ganaban de inmediato mi

atención y leía una y otra vez el poema de Fernando Arbeláez hasta aprendérmelo casi de memoria. Pero la fortuna fue más allá, pues *El Diadoco* forma parte del libro *Canto Llano* y por esa época yo repetía sin cesar el comienzo del poema que le presta su nombre al libro: "Son muy pocas las palabras que sé, / muy pocos / los nombres que puedo decir / claramente... Apenas / conozco el comienzo de un celeste abecedario..."

Ese "celeste abecedario" de *Canto Llano* aparecía representado para mí en las letras del alfabeto griego que presidían las veinticuatro estancias de *El Diadoco*, aunque lo más gratificante fue constatar que lo que el poema enunciaba desde el comienzo —la tímida y reverente incursión en el reino de las palabras— era exactamente la misma actitud que yo asumía entonces ante la poesía. Y había aún algo más importante para mi formación y era un poema dedicado a Jorge Gaitán Durán y que, en el libro de Arbeláez, aparece inmediatamente después de *El Diadoco*. La sugerente invocación de Gaitán no es gratuita: el poeta de *El Libertino* y *Si mañana despierto* era el responsable de una de las aventuras espirituales más hermosas que sacudió la molicie cultural del país —la revista *Mito*— y que mi generación descubrió poco después de la muerte del poeta en Point-à-Pitre. Pero más allá de la devoción de Gaitán Durán por la belleza y el destino de la poesía, me resultaba particularmente grato constatar la enfática voluntad erótica que se desprendía de sus poemas y que, contra la tradición y el medio, constituía por sí sola una actitud insurgente. La lección intelectual de Gaitán Durán, las dimensiones de su empresa y el valor de su legado no podían dejarnos indiferentes y por eso *Mito* fue nuestro punto de referencia más entrañable durante los años de formación.

Por la misma época pude asistir en la Universidad Nacional a un ciclo de conferencias de Fernando Charry Lara sobre el Modernismo y creo que desde entonces el autor de *Pensamientos del amante* fue cifra incuestionable de mi bibliografía sobre la poesía más exigente. También él estaba vinculado a la obra magna de *Mito* y por eso, una vez más, los elementos de filiación entre mi generación y la herencia cultural auspiciada por Gaitán Durán se ratifican en una comunión fecunda. Muchos otros autores habrían de contribuir a eliminar nuestro pudor y complejos ante la cultura universal, gracias al ensayo y la crítica, al debate constante y sin vacilaciones: la insurgencia contra las verdades establecidas fue una de las características de *Mito* y de ahí la fascinación que ejerció sobre algunas de nuestras propuestas literarias.

Pero no era de estos ilustres poetas de lo que hablaban mis profesores sino de nombres más universales, y no exclusivamente del ámbito de nuestra lengua. Debo tal pluralidad de visiones sobre la literatura a la curiosa circunstancia de que cursé mis seis años de bachillerato en cuatro colegios diferentes, aunque tan escasa fidelidad a un solo claustro no obedecía a mi desaplicación o falta de interés por el estudio sino a algo que ahora interpreto como irreductible incompatibilidad con la química social de mis condiscípulos. Y fue tal vez gracias al cambio anual de colegio que la visión que algunos de los profesores me ofrecían era tan diversa como su entonación, apatía o entusiasmo frente a las clases que dictaban. Sin embargo, debo reconocer que la buena suerte me acompañó siempre y que, en la baraja de mediocridades que azotaban nuestras expectativas a lo largo de lo que tradicionalmente se ha llamado Educación Secundaria, conté con excelentes profesores de literatura, algunos de los cuales se las ingeniaban, de espaldas al *pénsum*, para correr un tupido velo a la hora de hablar de nuestros clásicos locales, por lo general centenaristas y grecoquimbayas, ante los cuales exhibían una sonrisa tan sardónica como justificada y que, de inmediato, hacía que yo les otorgara toda mi confianza.

Hubo profesores que estimularon mis facultades para la comprensión de la estructura y misterios de la lengua, los arcanos del subjuntivo y todo lo referente al análisis gramatical; hubo otros, literariamente más informados, que supieron insuflarle disciplina a mis tempranas inquietudes, convirtiéndose así en los primeros irreductibles jueces de mi prehistoria creativa. Preceptores y maestros, hubo de todo en el gremio y a ellos debo mis iniciales estímulos y críticas, e incluso sobresaltos. En efecto, no faltaron las sorpresas insólitas,

como la del profesor que decidió hacer uso de las armas para darle convicción a sus enseñanzas. Recuerdo que cuando cursaba segundo año de bachillerato el profesor, bastante anciano y lleno de insufrible prepotencia, creía que la gramática era invención suya, lo cual, a la vista de los resultados, parecía ser cierto. Hablaba sin cesar de anapésticos griegos y hemistiquios, de alejandrinos y de codas eneasílabas en agudo, y de muchas otras cosas. Los estudiantes no sólo no le prestaban atención a sus enseñanzas sino que se burlaban públicamente al punto de que una mañana, un desencantado alumno, cansado de las reiteradas teorías sobre la metafísica tonal del endecasílabo, como decía el viejo, se las ingenió para camuflar entre los grandes folios del libro de asistencia a clase una lechuza difunta. Al proceder a llamar a lista, el anciano dio un alarido piedracelista y después, sin decir nada, abandonó el salón de clase. Al día siguiente llegó aparentemente tranquilo, cerró el aula con llave tras comprobar la unánime asistencia y, ante la sorpresa de todos los estudiantes, extrajo una resplandeciente aunque tenebrosa pistola y juró liquidarnos uno a uno si el culpable no confesaba la bellaquería que le habían infligido con el búho de Minerva, que según parece y contra lo que está dicho no levantó su vuelo al anochecer sino al amanecer del infausto día. Sin embargo, sucedió que en esos momentos pasó por el lugar Ursula —uno de los frailes del colegio así apodado a causa de su llamativo contoneo al caminar— y al espiar por la ventana a alguno de sus efebos sorprendió a todo el curso con las manos en alto y al viejo profesor con la pistola enhiesta. Ursula dio la voz de alarma y el pobre gramático fue reducido por varios frailes y seglares, atado y conducido a la Estación Cien de Policía, donde quedó incomunicado hasta que "Cámbulos y Gualandayes", un grupo musical del que formaba parte, logró excarcelarlo. Tales hechos jamás se me olvidarán, lo mismo que el susto, aunque debo confesar que el culpable de la lechuza supo mantener en secreto su identidad, más allá de los llamativos efectos de su hazaña.

Aparte las circunstancias de esta anécdota, no todos los profesores lograron encarnar estímulos por la literatura, pues hubo algunos que, en otros eventos, estuvieron a punto de hacerme odiar el oficio. Nunca olvidaré a un hermano de las Escuelas Cristianas autodenominado Florencio Jesús, de estatura enorme, basta presencia y manifiestamente intolerante para las cosas del siglo, quien a causa de una falta contra la puntualidad decidió castigarme de manera más bien pérfida: finalizadas las clases, a las cinco de la tarde me confinó en el patio de deportes y me amenazó con no dejarme ir a casa a no ser que pudiera recitarle de memoria y en idioma francés el kilométrico poema *Procesional para saludar el siglo nuevo*, de Paul Claudel. Recuerdo que éste era un texto indigesto de teología y catequesis, lleno de imágenes sobre la miserable condición humana y lamentos por lo que llamaba lepra del alma y donde se condenaba al hombre sin posibilidad de contrición ni paliativos. Mi modesta memoria y mi joven comprensión quedaron definitivamente atascadas cuando el idioma francés cedió súbitamente paso al latín y, recuerdo como si fuera hoy, que no pude ir más allá de una cosa que a medio camino entre la genealogía y la teología decía: "*Abraham genuit Isaac, Isaac autem genuit Jacob, Jacob autem genuit Judam et fratres ejus,/ et post multas generationes Jacob iterum genuit Joseph virum Mariae de qua natus est Christus...*" No obstante, fue a causa del inesperado latinajo y la intolerancia de Florencio Jesús como pude vengarme años después cuando convertí el latín y el hermano cristiano en elementos crueles de una de las anécdotas que campean en *El toque de Diana*. Pero no tuve que esperar a que en la madrugada el toque de Diana me liberara sino que fueron las campanas de la medianoche las que me sacaron del confinamiento. Aterido y hambriento, y con una maldición plenaria para todo el clero, permanecí solitario en el desierto patio hasta que mi padre logró convencer al carcelero para que me canjeara el resto del reacio poema por cinco misas seguidas, con confesión y penitencia controladas por la jurisdicción familiar. Obviamente, a ningún escritor he odiado tanto en mi vida como a Claudel, y con posterioridad cierta ética aneja a la literatura me ha dado la razón: más grave que la soporífera poesía de meapilas a que dedicó su vida resul-

ta su filisteísmo moral, evidente en su actitud hacia su propia hermana, Camille, a quien el poeta encerró en un manicomio, aunque la razón de tal decisión no fue la deteriorada salud mental de la paciente sino la vergüenza pública por haber sido deshonrada y abandonada por el escultor Auguste Rodin.

En cualquier caso, y pese a los precedentes mencionados, tuve la suerte de contar con unos cuantos profesores cautivados por el buen parlar y la lógica de la expresión, menos intolerantes que sus colegas y más dedicados a la literatura que la mayor parte de sus desaplicados alumnos. De mi largo desfile por todos los colegios de la capital recuerdo a dos de estos profesores atrapados por las bellas letras: uno, apellidado Reyes, que hablaba como los *ídem*, y el otro, llamado Honorato, era un ecuatoriano que infaliblemente cerraba su comentario sobre el examen con la cantarina fórmula: "Siempre-ha-mejorado-notablemente". Sin embargo, si hubo alguien que supiera sintonizar sus enseñanzas con mis aún inéditos gustos literarios fue el profesor Félix Claros. Alto, reservado, de salud siempre delicada, sobrellevaba con estoicismo la reciente muerte de su único hijo, pero cuando hacía uso de la palabra —y confieso que nunca ha sido más afortunada esta expresión como en su caso— toda el aula se transformaba. Un halo de respeto y devoción por la poesía se abría paso y hasta el pragmatismo a veces excesivo de los matemáticos se veía doblegado por el entusiasmo que rodeaba a la utopía e imaginación, al sueño áureo de los escritores. Fue la primera persona que en el colegio mencionó sin prejuicios a los Poetas Malditos, y durante meses habló con fervor de Verlaine y Rimbaud, de Tristam Corbière y Villiers de l'Isle-Adam. Y, precisamente, fue una cita del autor de los *Cuentos crueles* y de *Eva futura* lo que me convirtió en adicto a sus clases, cita que, en gran medida, sirvió de *motto* poético a muchos de mis ejercicios literarios: "Todo verbo, en el círculo de su acción, crea lo que expresa. Mide, pues, lo que tu voluntad concede a las ficciones de tu espíritu..." Y de Villiers, el profesor Claros volvía insistentemente al gran Baudelaire, padre, Dios y maestro, todo unido en un entusiasmo contagioso. Lo más curioso es que, pese a su minuciosa devoción por los Poetas Malditos, el decadentismo y el simbolismo, jamás mencionó el nombre de Lautréamont, poeta que poco después, y ya en plena experiencia universitaria, me habría de producir tal fascinación, por su rebeldía, insularidad y estilo, que mis reflexiones sobre el autor de *Los cantos de Maldoror* constituirían mi primer texto literario, publicado por la revista *Eco* en 1968, año capital en mi formación, en mis inicios literarios y en mi vida personal. La poesía, de alguna forma, estaba ya presente en mis comienzos como escritor y creo que nunca me ha abandonado su estimulante aureola. Pero se impone un *regressus*.

Adolescencia es a menudo sinónimo de sueños heroicos, y los míos, en lo que a la literatura respecta, estaban encarnados en la fascinante figura de Lord Byron, a quien había descubierto gracias a la excelente biografía de André Maurois. Nunca fueron más ciertas las afinidades goetheanas entre vida y poesía como en el caso del autor de las *Peregrinaciones de Childe Harold*: devoré todo lo que encontré sobre el poeta, desde una cuidada edición barcelonesa de su obra hasta ensayos, tratados y referencias biográficas que arrojaban nueva luz sobre mi ídolo. Y nunca fui tan feliz como cuando descubrí, en las *Conversaciones con Eckermann*, los altos conceptos que sobre Byron emitió Goethe, quien no sólo lo entronizó en la figura de Euforión, el hijo de Fausto y Helena de Troya, sino que lo convirtió en el paradigma del más válido romanticismo. Mi entusiasmo era tal que incluso llegué a pensar que el autor de *El corsario* y yo nos parecíamos físicamente y, por si tal parecido no prosperaba ante los ojos más bien analfabetos de mis novias de esa época, decidí dedicarme románticamente a la poesía. Recuerdo que el profesor Claros intentaba enderezar la métrica coja de mi producción —y lo de cojo no va por Byron sino por mi precaria habilidad en esos menesteres— aunque a la postre yo no prestaba atención a sus justificadas reservas. En cualquier caso, pergeñé varios poemas y a pesar de tener el virus byroniano bien incubado descubrí que la vida podía ser vista con ojos menos heroicos que los del tremendo Lord. Pero si bien el oficio me hizo cambiar pronto de acento y forma, en la obra del autor

de *La visión del Juicio* vislumbré varias cosas: el concepto de libertad unido al destino de la poesía, por encima de ideologías y modas; la literatura como una mística que hay que vivir a diario y para siempre; y un amplio repertorio de temas que muy poco o nada tienen que ver con la moral al uso ni con las llamadas Verdades Generales: el incesto, la seducción, el cainismo, la soledad de quien se hace a sí mismo a través de la peregrinación existencial, el odio y la euforia vital. Porque si todo esto consigue adquirir unidad, lógica y consistencia estética, tenemos entonces uno de los más altos logros de la literatura: la fusión de vida y estilo. Y eso fue lo que, sin vacilar siquiera, comencé a practicar en mis ejercicios clandestinos, al margen de mis honrosos y públicos estudios de Derecho en la Universidad Nacional, cuando me empeñaba en auspiciar secretamente una voluntad de estilo como sello distintivo de mi vida futura.

Y prediqué con el ejemplo. Algunos de mis poemas, no del todo desdeñables, habían circulado en el estrecho auditorio de mis compañeros del último año de bachillerato y fueron fustigados por la aguda pero honesta óptica del profesor Claros, aunque en el fondo no estaban dedicados a buscar espacio en el para mí desprestigiado Parnaso patrio sino llamados a mover la sensibilidad de una que otra novia reacia a mis aproximaciones amorosas. Sin embargo, fue precisamente una de esas muchachas quien, sin saberlo del todo, y ya en la época universitaria, me orientó definitivamente por la senda literaria: confesó haber quedado gratamente impresionada por mis cartas y poemas, aunque, para serme franca —agregó— creía que yo estaba más dotado para la literatura que para hacer prosperar cualquier relación con ella. Y como si su consejo resumiera mi verdadera situación, harto prosaica, la verdad sea dicha, me dijo que mi futuro andaba más por la senda de la novela que por la del verso cojo. No le hice caso e incluso la tildé de resentida y ágrafa, incapaz de reaccionar con ecuanimidad al llamado más alto y sensible del espíritu. Y para demostrarle lo bien que yo me movía en el territorio de las Musas, accedí a algunas propuestas literarias de mis compañeros de Facultad y acepté formar parte de un grupo de exquisitos que pronto pasó a ser conocido como "El Círculo Délphico", nombre tan rebuscado como arcano, y que, según el ideólogo del grupo, también redactor del *Manifiesto* que ratificaba nuestra presencia en la Sociedad Literaria, estaba destinado a acabar de una vez por todas con la epidemia de nadaístas y mefíticos que por esa época corrompían el buen clima de nuestro castigado país. Incluso me conminaron a dar un recital al que sintomáticamente titulé *La constelación de la angustia* y el hecho tuvo lugar nada menos que en la sacrosanta pero también peligrosísima Aula Máxima de la Facultad de Derecho. Y algo más: en la presentación de mis poemas fui escoltado por el propio Decano, el filósofo Abel Naranjo Villegas, y ante una sala totalmente abarrotada descubrí entre los presentes a mi amor secreto de esa época, la entrañable Marta Traba, entonces directora de Extensión Cultural de la Universidad Nacional. El ambiente, el auditorio y la velada no podían ser más prometedores, y creo que los resultados fueron aceptables, pues a partir de la noche de autos un poeta de Armenia me asedió e incluso llegó a amenazarme si yo no hacía pareja con él para leer en público sus engendros. Más por miedo que por pudor abandoné mi carrera como recitalista y me sumí cada día más en la reflexión, aunque la práctica de la poesía no me ha abandonado nunca, así no publique mis textos, no por temor sino por una acuciosa voluntad perfeccionista que hace los revise lustro tras lustro. Y para ponerle un contexto histórico a mi fase pública como poeta —felizmente inédito, al menos que yo sepa— debo registrar varios hechos. En primer lugar, la fortuna de haber contado como profesor de Humanidades al doctor Jesús Arango, cuya cultura era sólo comparable al diestro enfoque de su magisterio. El mundo clásico tuvo por fin un excelente orientador y las bases ecuménicas de una tradición estética seria se afianzaron en mis pretensiones: y creo que a la postre no resulté tan mal alumno, pues fui el único estudiante de la Facultad que al cabo de los dos semestres alcanzó la puntuación máxima en la evaluación final. De otra parte, también es significativo recordar la amistad de varios escritores, mucho más osados que yo a la hora de publicar sus tempranos desvelos: Luis Fayad, Poli-

carpo Varón, Umberto Valverde, Ricardo Cano Gaviria, Eligio García Márquez, Francisco Sánchez, Gabriel Restrepo y Roberto Burgos Cantor, alumnos unos, visitantes asiduos de la Universidad, los otros. En cualquier caso, la vocación generacional se vio ratificada en torno a un aula mucho más rica y sugestiva que la universitaria: el laberinto bibliográfico que la Librería Buchholz nos ofrecía en dos frentes: el de la Avenida Jiménez de Quesada, controlado por Juan Gustavo Cobo Borda, y el de Chapinero, controlado por el suscrito. Fue esa la época en que comenzó a abrirse camino en el Olimpo de la fama un grupo de poetas comandado por Cobo Borda —tránsfuga de la Universidad Nacional en sus mejores años— y que pronto fue conocido como La Generación sin Nombre. Figuras destacadas de ese grupo fueron Darío Jaramillo Agudelo, a quien conocí una tarde de sábado cuando su mano conducía el collar de un perro imaginario, y Elkin Restrepo, que evocó sus aventuras durante la larga noche etílica en que puso su numen al servicio de Publio Licinio Vario, en Barcelona. De todas formas, si alguien hizo de mentor indiscutible de las jóvenes promesas fue el escritor Nicolás Suescún y a él casi todos debemos nuestros primeros estímulos editoriales, bien en antologías, bien en la prensa nacional, como el diario *El Espectador* y la revista *Eco*.

Si el espacio de la escritura se mostraba aún reacio a admitirme como huésped, no sucedía lo mismo con el de la lectura, pues todo sitio resultaba idóneo para practicar eso que tan bellamente Valéry Larbaud llamó "vicio impune". Durante varios años pasé tardes enteras en la Sala de Música de la Biblioteca Nacional y, con las obras de los grandes maestros como banda sonora, devoraba todo lo que gracias a un precoz sentido crítico suponía de inaplazable interés. De vez en cuando apartaba la mirada del texto y la explayaba sobre algunas de las hermosas muchachas que, al otro lado de la mesa, lidiaban con decretos y códigos ante la inminencia de los exámenes. En medio de la penumbra, la luz verde de las lámparas le otorgaba a sus rostros un halo misterioso y me las volvía aún más inaccesibles. Algo de esta sensación se repetía durante las tediosas tardes de domingo, cuando huía de mi casa y con un libro me refugiaba en el ambiente pecaminoso de un café llamado El Carrousel y donde la penumbra, como en la biblioteca, era la norma, aunque las muchachas del lugar no eran tan aplicadas como las de la Sala de Música. Música había, por supuesto, y las radiolas dejaban escapar un chorro de canciones canallas que apartaban al lector de su libro y lo sumían en un nudo de apetencias sin futuro inmediato. Los cuerpos esbeltos de las coperas, su mirada triste y distante, las ojeras pobladas de excesos y ansiedades que no eran para mí me lastimaban sin piedad y, a pesar de eso, yo me negaba a cambiar de sitio pues siempre estuve a la espera del milagro. Y el milagro se dio, pero no gracias a coperas ni mercenarias semejantes sino a la generosa actitud de la mamá de mi mejor amigo, que un día de aguinaldo se compadeció de mis visibles apetitos y en inolvidable faena me liberó del vergonzoso lastre que fustigaba a mi hormonamen.

Pero la lectura promueve una actitud de curiosa confraternización: otro lector nos sale al paso y el debate o la tertulia se hacen rito. Los sitios del encuentro eran por lo general La Romana y El Cisne, y muy eventualmente El Colonial. En La Romana nos dábamos cita los adictos de la Buchholz y allí observábamos de reojo a algunos destacados periodistas de *El Tiempo*, e incluso escritores ya consagrados como Eduardo Mendoza Varela o Rogelio Echavarría. Al atardecer, sin embargo, cruzábamos la Avenida Jiménez de Quesada en dirección a la calle veintiséis y durante horas nos instalábamos, pobres y famélicos, en las mesas de El Cisne, que pronto se llenaba de visitas ilustres: Marta Traba y Felisa Bursztin, Nicolás Suescún y algunos de los nadaístas menos atrabiliarios de la época. Los años pasaban y con ellos desaparecían muchos de nuestros hábitos: la primera juventud nos sugería otras metas y la desbandada no se hacía esperar. En cualquier caso, la noche siempre ofrecía sorpresas, aunque mis recuerdos se centran en dos lugares muy particulares: el café Titanic, donde celebré con Luis Fayad mi despedida hacia Europa, y un poco más arriba, el submundo perturbador y caliente de El Puerto Rico, un enorme sótano

donde reinaban las mujeres mejor dotadas y complacientes de la ciudad.

Pero mis años de formación, al margen de los imperativos de la carne —por otra parte subsanados gracias a la generosidad de nuestras novias universitarias—, se canalizaban en proyectos de inaplazable ejecución. La lectura ya nos ofrecía una cierta solvencia y merced al diálogo y a la confrontación constantes nos sentíamos capaces de abordar el oficio de la literatura como algo inherente a nuestra propia vida. Debo reconocer que el entusiasmo que en los días del bachillerato me inculcó la figura de Byron encontró luego su complemento en la prosa admirable de Albert Camus, aunque para esta fecha ya expresaba mis afectos por una serie de temas y autores que habían conquistado mi atención. Me revelé como un lector voraz y a fin de no olvidar el texto consultado opté por registrar cada una de mis lecturas, con los datos bibliográficos exactos, una sinopsis de la anécdota o contenido y, lo que era para mí más importante, mi comentario personal sobre la obra. Durante años tales registros se multiplicaron y con el tiempo se convirtieron en el mejor auxiliar de mi trabajo crítico y, sobre todo, en un irremplazable complemento de mi memoria.

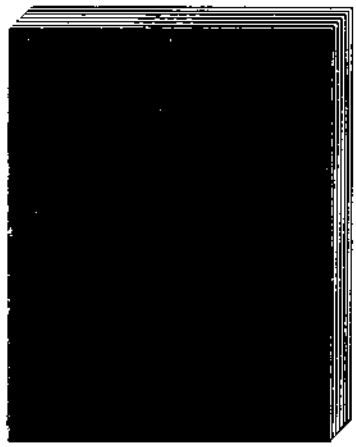
Poco a poco mi secreto trabajo conformaba una voluntad estilística propia y creo que, de la misma forma, se definían mis señas de identidad como escritor y mi orbe particular desde el punto de vista del tema que nutre mis textos. En diversas entrevistas me han formulado una pregunta que siempre se le ha hecho a todos los escritores: ¿cuáles son *mis* influencias? Mi respuesta siempre ha sido la misma: no soy consciente de determinadas influencias por una razón muy sencilla: si detecto en mi escritura una influencia evidente mi vanidad y mi voz propia me instan a eliminarla y cambiar de rumbo, pues me niego a ser imitador deliberado de un estilo o un mundo narrativo específico. Y si no detecto la presunta influencia no soy responsable de tal servidumbre, aunque sé que mis escrúpulos encarnan muy bien lo que Harold Bloom denominó lúcidamente "la angustia de las influencias", angustia más preocupante cuanto mayor es la cultura del autor. Sea como fuere, la crítica jamás me ha endilgado herencias, deudas o legados, aunque sé que un artista siempre viene de alguna tradición o es fruto de algún estímulo, así no se advierta su aura a primera vista. En mi caso, creo que tan probable procedencia —en cualquier caso involuntaria— no involucra a una obra o a un autor en particular, sino que es algo mucho más complejo: sospecho con la mano en el corazón que gran parte de lo que mis novelas y relatos ventilan o recrean críticamente está avalado por el clima irónico y desmitificador, irreverente y festivo del siglo XVIII: el aire de una época osada y en muchos casos clandestina, un siglo de galantería y transgresión: el siglo de las últimas fronteras de la sensibilidad. El repertorio es amplio, lo reconozco, pero mi devoción por esa época va más allá de la jubilosa evocación de sus Salones, de sus damas bellas y mentales o de la perfumada conspiración labrada en sus alcobas. Pero, ¿qué es en realidad lo que yo admiro de esa época? Todo. El incremento de la vocación crítica y el sentido de la felicidad empírica; las ciencias de lo posible y la noción de una moral terrena; la apologética de los sentidos y el método experimental; los beneficios de la incredulidad y la confianza en la razón; la precariedad de la Virtud y la magnificencia del vicio; la filosofía del lenguaje oculto y la crítica del derecho natural; el elogio de la ironía y la realidad codificada en la Enciclopedia; la inteligencia feliz y el escepticismo creativo; la mujer como "hombre de letras" y una moral sin contraprestaciones; los derechos del hombre y la vida como un tratado de sensaciones; las leyes de la oferta y la demanda y el amor a la carta; la reflexión sobre los delitos y las penas y el auge de la novela sobre los demás géneros; la seducción como destino y el placer como única verdad posible. Por eso, nunca me he sentido tan identificado con esa época como cuando evoco un fragmento de los *Cantos de vida y esperanza*, de Rubén Darío: "Y muy siglo dieciocho, y muy antiguo / y muy moderno; audaz, cosmopolita..." En cualquier caso, constato aquí una devoción y no una deuda, aunque es a la crítica a la que le compete determinar si hay también algún préstamo, de todas formas honroso.

Pero antes que la narrativa se impusiera la poesía volvió a salir a flote, si no a través de la creación édita y confesa sí merced a la refle-

xión: la figura del Conde de Lautréamont rescató para mí gran parte de los atractivos con los que Byron me ganó tempranamente para la literatura y, a la vez, todo el estímulo con que Félix Claros a nombre de los Poetas Malditos acrecentó mi destino. No es casual constatar que buena parte de la furia que define la obra de Lautréamont proviene del entusiasmo de este poeta por el demonismo admirable que caracteriza el universo de Byron. El falso conde y el verdadero Lord terminaron por unirse en una alianza que me habría de ofrecer perspectivas fecundas. Al dedicarme más a la narrativa y al ensayo le di crédito a una de las preguntas que al final de su vida asaltaron al padre de Maldoror, no en vano discípulo del padre de Manfredo: "¿Es necesario que yo escriba en verso para apartarme de los otros hombres?".

De ahí que a partir de entonces la reflexión escrita —es decir, el ensayo— fuera una de mis constantes más queridas, una forma de hablar en voz alta, libremente y sin la presunción de contar con la Verdad Revelada. El ensayo como ecuánime forma de acercarme a los otros ha sido desde 1968 y gracias a la entrañable plataforma de *Eco* un complemento idóneo de mis inquietudes en el vasto territorio de la narrativa. Por eso no debe sorprender el hecho de que si mi primer trabajo literario fue el ensayo *Lautréamont: un prolegómeno de la rebelión*, mi primer libro haya sido el ambicioso análisis *De la barbarie a la imaginación*, una búsqueda del sentido y fundamentos de esa tradición en la que con el curso de los años habría de inscribir mis propias obras de ficción. Reflexión y novela prosiguen multiplicándose merced al eco que mi memoria guarda de esos años de génesis literaria, cuando descubrí que la voz propia, esa identidad que llamo estilo, estaba indisolublemente ligada a la escritura como forma de vida. Al igual que esos príncipes alemanes que acuñaban su propia moneda, la escritura se convirtió a partir de entonces en el registro de mi identidad más viva, el documento que habría de cotizarse en la bolsa de valores de la República de las Letras, no sólo en su jurisdicción local sino en el ámbito total de nuestra lengua.

La Augusta Sílaba



ACADEMIA DE HISTORIA DE BOGOTÁ
TERCER MUNDO EDITORES
BIBLIOTECA INDISPENSABLE SOBRE BOGOTÁ

TÍTULOS PUBLICADOS:
- Calles de Santa Fé de Bogotá
  Moisés de la Rosa (1958)
- Crónicas de Bogotá (4 tomos)
  Pedro M. Ibañez
- Próxima aparición
  Los Compañeros de Federman
  José I. Avellaneda

Distribuye: librería TERCER MUNDO (distribuciones)
Calle 69 Nº 6-46 Tels: 217 67 56 - 249 98 24

De venta en la librería TERCER MUNDO (Carrera 7ª Nº 16-9) Tel: 334 05 04), en las LIBRERÍAS SALVAT y en las principales librerías del país